

★ La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor; es la guerra la que, por el choque y la agresión mutua, ha puesto en contacto a los pueblos, y les ha hecho conocerse y quererse. El más puro y fecundo abrazo de amor que se den entre sí los hombres, es el que sobre el campo de batalla se dan el vencedor y el vencido. Y aun el odio depurado que surge de la guerra es fecundo. La guerra es, en su más estricto sentido, la santificación del homicidio; Cain se redime como general de ejércitos. Y si Cain no hubiese matado a su hermano Abel, habría acaso muerto a manos de éste. Dios se reveló sobre todo en la guerra; empezó siendo el dios de los ejércitos, y uno de los mayores servicios de la cruz es el defender en la espada la mano que esgrime ésta.

Fue Cain el fratricida, el fundador del Estado, dicen los enemigos de éste. Y hay que aceptarlo y volverlo en gloria del Estado, hijo de la guerra. La civilización empezó el día que un hombre, sujetando a otro y obligándole a trabajar para los dos, pudo vagar a la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajos de lujo. Fue la esclavitud lo que permitió a Platón especular sobre la república ideal, y fue la guerra lo que trajo la esclavitud. No en vano es Atena la diosa de la guerra y de la ciencia. Pero, ¿será menester repetir una vez más estas verdades tan obvias mil veces desatendidas y que otras mil vuelven a renacer? UNAMUNO, Del sentimiento trágico de la vida, 1913, cap. XI.

Unamuno y la guerra civil

por Arturo Ardao

Unamuno murió profundamente acongojado por el espectáculo de la guerra civil. Pero la guerra civil, como guerra contra la República, la había considerado "necesaria para salvar la civilización", y había contribuido a financiarla al adherir, desde el primer momento, a Franco.

—¿Es exacto, señor profesor — le preguntó poco después del alzamiento el periodista francés André Salmon — que usted se ha inscrito en la suscripción nacional con 5.000 pesetas?

—Es perfectamente exacto. "El testigo de tantas horas decisivas de la historia española contemporánea se tapa por un instante con las dos manos sus ojos cargados de ensueños y llenos de visiones, antes de continuar."

—Me he suscrito... para la guerra! Sin embargo, recuerdo haber visto, cuando era niño, la guerra carlista. Conoci el sitio de Bilbao y no ha sido sin tristeza que yo, viejo vasco, he pensado ver nuevamente esas cosas tan tristes. Pero son necesarias, para salvar la civilización!"

La entrevista había comenzado con estas palabras:

—¿Puedo pedirle, Sr. Profesor, que me formule, en mi calidad de periodista, las razones superiores que ha tenido un jefe indiscutible de la izquierda como lo es usted, para adherirse a un movimiento que en el extranjero muchos consideran de derecha?

—La respuesta de Unamuno es inmediata y fulgurante:

—¿Por qué? Porque es la lucha de la civilización contra la barbarie.

Miguel de Unamuno acaba de articular, en su casa de Salamanca, las mismas palabras significativas que el otro día me dijo el general Mola en Burgos.

E iba a terminar con estas otras, en boca de Unamuno:

—Hubo en Chile, antes, una revolución fomentada por los vascos y los alemanes de origen. El presidente Balmaceda tuvo que fugarse. En el destierro, escribí en un estilo magnífico una carta a sus sucesores. Decía en esta carta que se daba perfectamente cuenta de que mientras viviera conservaría a su alrededor partidarios, lo que impediría la completa paz del país. Y había tomado la resolución de matarse. ¡Y lo hizo! Pienso dirigir una copia de esta carta sublime al presidente Azaña."

Entre el 18 de julio, día de la rebelión, y el 31 de diciembre, día de la muerte de Unamuno hay dos períodos en la existencia de éste, separados por el 12 de octubre. En el primero, al que corresponde en setiembre la citada entrevista de Salmon, fue franquista a secas; en el segundo, franquista disidente, sin ninguna conversión, o reconversión, a la República. La crisis se produjo en la conocida turbulenta ceremonia universitaria del 12 de octubre, en homenaje a Colón, ceremonia franquista que el presidente en calidad de autoridad oficial: destituido del Rectorado vitalicio de la Universidad de Salamanca por el gobierno de Madrid (el 24 de agosto), a raíz de su adhesión a la revuelta, lo había repuesto en el cargo la Junta de Burgos.

Al segundo período abierto entonces, corresponde, semanas antes de su muerte, la entrevista del también francés Tharaud, a quien explica lo que llama su "caída en desgracia": como consecuencia de los incidentes de aquella ceremonia, en la que lanzara la famosa exclamación "¡Vencer no es convencer!", había sido nuevamente destituido, esta vez por los rebeldes. Historiando su proceso personal dice, entre otras cosas, en un Manifiesto escrito de su propia mano que le entrega: —En cuanto se produjo el movimiento salvador del General Franco me

uní a él, pensando que importaba salvar ante todo la civilización occidental cristiana, y con ella la independencia nacional..." — "Insisto —acotaba— sobre esta expresión: 'civilización occidental cristiana'. Fui yo quien encontré y puse en circulación esta fórmula, que Franco repite innumerables veces en todos sus discursos, y que se ha convertido en el santo y seña del movimiento liberador."

LEJOS de nuestro ánimo atacar ahora, en base a estos hechos, la memoria de Unamuno. No lo hicimos en nuestros lejanos tiempos de estudiante, cuando la intemperancia juvenil y la pasión de la hora pudieron haberlo arrastrado a ello. En agosto de 1936, conocida su adhesión a los rebeldes, y no producida todavía su disidencia, llovían los denuestos contra él en los medios antifascistas de todo el mundo. Evocamos entonces la patética contradicción en que había vivido siempre, para decir: "La tragedia de este hombre paraliza el ataque".

En el comentario que en aquella oportunidad le dedicáramos recordamos este pasaje de una de sus cartas a Rodó: "El pobre duerme: le han educado a delegarlo todo. El cuidado económico lo delega en el usurero; el cuidado político en el cacique; el religioso, en el cura, y los tres le cobran caro, el primero el capital que le presta, el segundo la influencia, el tercero la gracia divina averiada que le revende. En vez de darle una luz para que por sí mismo se busque y abra su camino de eternidad, se le metió en un carro, y en él se le lleva a oscuras por caminos que desconoce. Mas parece que despierta, sobre todo en las ciudades."

También había dicho en la misma carta: "Presumo que la sacudida será honda y llegará a las entrañas religiosas del pueblo. Hay que hurgarlas." Tomando en consideración esos antecedentes, y su declarada actitud de protesta luterana, concluimos:

"Su pecado ha estado en ser un luterano retrasado. El mismo, en el fondo de Dostowieski. Por eso su destino frente a la revolución española ha sido idéntico al de éste frente a la revolución rusa. Nuevo aspecto del señalado paralelismo hispano-ruso. Ambos buscaron la misma verdad: la revolución realizándose en las entrañas religiosas del pueblo, y por esa verdad conoció uno el destierro en Sibe-



ria y el otro el destierro en París. Y ambos cayeron en el mismo error: entregarse a la contrarrevolución. Dostowieski llegando a decir al final de su vida que el derecho de servidumbre 'contribuye a establecer relaciones morales ideales entre los propietarios territoriales y los campesinos', y Unamuno, también al final de su vida, agraviando al heroico pueblo español, que se ha hallado a sí mismo y se traza su camino, pese a curas, caciques y usureros."

PERO es el caso que, ahora, la resonante película "Morir en Madrid" está contribuyendo a forjar y difundir el póstumo y tardío mito de un Unamuno antifranquista. No corresponde, tratándose de quien no pasó de franquista disidente o "caído en desgracia", profundamente hostil a Madrid durante la guerra civil, en armonía con una olvidada frase suya muy anterior, exhumada hace poco, precisamente en Madrid: "Madrid, como toda gran ciudad, es fundamentalmente democrática y debo confesar que siento un invencible recelo platónico hacia las democracias."

El tan traído y llevado Vencer no es convencer, con todo lo intrépido y dramático que fuera en su ocasión y momento, cuando el duelo verbal con Millán Astray, no pasaba de una crítica a métodos y palabras que observaba y oía a su alrededor, o sea de una autocrítica en el seno del franquismo. Quería que éste no sólo venciera, sino que además convenciera a las masas extraviadas. Dos meses después, en el citado Manifiesto entregado a Tharaud poco antes de morir, anhelaba "la unión moral de todos los españoles", pero por "una paz de persuasión

y de conversión", desde luego a la causa rebelde. Para ello seguía confiando en Burgos: "Si el miserable gobierno de Madrid no pudo ni quiso resistir a la presión de la barbarie marxista, debemos guardar la esperanza de que el gobierno de Burgos tendrá la fuerza de oponerse a los que quieran establecer otro régimen de terror."

Era especialmente a los falangistas a quienes responsabilizaba, tanto de su definitiva destitución del Rectorado, como de la pretensión de absorber a los otros partidos del movimiento rebelde, con riesgo de aumentar el terror. Los consideraba simples imitadores del fascismo italiano. Recogió Tharaud entonces de sus labios esta exclamación que tanto lo redime: "¡Ah, odio al fascismo!". Pero por muy respetable, en cuando sincera y valerosa, por muy digna de recuerdo que sea esa condenación del terror —por otra parte, sólo en el grado diferente en uno y otro campo— no debe olvidarse tampoco que no estaba ahí el fondo del problema.

En 1953, en el acto de homenaje a Unamuno realizado en la Universidad de Montevideo con motivo de un torpe episodio de persecución franquista de su obra, nos fue forzoso poner por delante estas salvedades:

"Tratándose del enorme vasco, cuya impar y conmovedora milicia espiritual de cincuenta años merece todas las formas del homenaje, sentimos la necesidad de rendirle ante todo el de la sinceridad, que tanto practicó y exigió, y el de la milicia misma, a la que nunca se sustrajo. La necesidad de sentar frente al pensador —el pensador original, poderoso, trágico— una decidida reserva a su dominante antropología teo-filosófica, irracionalista y anti-naturalista; esa antropología centrada, por paradoja, en una expresión célebre que mienta, precisamente lo que de modo inexorable liga a lo humano con el vilipendiado mundo de la naturaleza: la carne y el hueso. La necesidad, aún de recordar respecto al hombre —el hombre independiente, viril, austero— su incompreensión de los verdaderos términos del drama histórico de su tiempo y de su pueblo; esa patética incompreensión que desembocó en los agonistas —y agonizos— días de Unamuno, muerto del dolor de su España y de su dolor de España, que corren del 18 de julio al 31 de diciembre de 1936."

Reiteramos aquí esas salvedades, con otra adicional: la revisión reposada de toda la larga trayectoria de Unamuno, incluido su memorable comportamiento bajo la dictadura de Primo de Rivera, nos convence cada vez más de la desorientación —teórica y práctica— de su aporte a la vida española de su tiempo.



i Totalmente nuevo en todo concepto!

TRAJE
Lavi-Listo
EN ACROCEL LINEA 65

REALIZADO EN EXCLUSIVIDAD POR EVERFIT